

LA OTRA VIDA

CUENTOS

ENRIQUE GIRALDO

LA OTRA VIDA

CUENTOS



© 2022, Editorial Escarabajo S.A.S.
Calle 87A No. 12 – 08 Ap. 501. Bogotá, Colombia
www.escarabajoeditorial.com
escarabajoeditorial@gmail.com

© 2022, Enrique Giraldo.
www.enriquegiraldo.com
enriquegiraldob@gmail.com

Colección Narrativa Colombiana Escarabajo *Jugué mi corazón al azar*
Homenaje a José Eustasio Rivera

Director de la colección: Eduardo Bechara Navratilova

Editores: Nikol Cala

Diseño de cubierta: Asís Felicia

Ilustraciones: Asís Felicia

Logo de la colección: Manuela Giraldo Zuluaga y Tatiana Bedoya

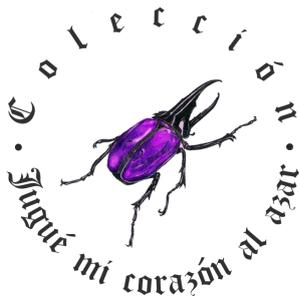
Diagramación y diseño del interior: Juliana Saray Ramírez

ISBN: 978-958-49-5151-9

Queda hecho el depósito de ley.

Primera edición en Colombia: Escarabajo Editorial S.A.S.,
Enrique Giraldo Bustos. 2022

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida de forma total o parcial, ni registrada o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor o la editorial.



Narrativa Colombiana Escarabajo
Homenaje
José Eustasio Rivera

*Hay algo infinitamente vulgar
en las tragedias de los demás.*

OSCAR WILDE, «La importancia de llamarse Ernesto».

*¿Quién serás esta noche en el oscuro sueño,
del otro lado de su muro?*

JORGE LUIS BORGES, «El sueño».

Para Andrea, quien puso todo en marcha.

Y para quienes comienzan sus historias:
Antonia, Emilia y Martín.

Hay en estas páginas, diría Anna Karenina, una familia infeliz a su manera. Lo que no comprenden, o comprenden a medias, los asemeja. Comparten los rasgos de la ignorancia cotidiana. No la de los grandes asuntos o valores universales, sino la que resulta de convivir con la opacidad de lo que nos rodea, de lo que tenemos bien cerquita y que, por eso mismo, más fácil se nos escurre. Siempre encontraremos modos de extraviar los utensilios que usamos para llevar —prosaicas y bellas— nuestras propias vidas.

En esta familia a todos se nos ha escapado algo.

UN BIGOTE DE AGUASAL



El domingo es con sancocho. Mi madre empieza a agitarse desde el día anterior. La veo yendo de aquí para allá sacando una olla grande y la vajilla que tiene guardada debajo de la cama y que mi padre dice que fue la única cosa que recibió del abuelo, que lo engañaron, pero ya para qué seguir quejándome mijo, termina siempre muy pasito. La oigo arrastrar su cojera y trato de volver a lo mío, que es en el patio de atrás o en la ventana que da hacia la calle, pero no es fácil. En cualquier momento pega el grito: ¡Poncho! Vaya y trae el plátano de donde su tía que ella seguro tiene. O, vaya y dígale a don Raúl que me anote en la cuenta el cilantro, la cebolla y unos cubos de caldo. Su papá le paga el martes lo que le debe.

Pienso si don Raúl y mi tía también siguen instrucciones como yo. El sancocho se hace el domingo y no hay nada que se le interponga a doña Clara. ¡Poncho! También vaya y busque a su papá que lo

necesito, me dice ella antes de coger el cuchillo largo y salir al corralito que hay detrás de la casa. Ahí viven dos marranos, seis gallinas con sus pollos y un perro viejo y peludo que los corretea por las mañanas hasta que se cansa. Al llegar doña Clara al corral las gallinas levantan una polvareda que se mete en la cocina y yo salgo a hacer mis mandados antes de que me ponga a barrer.

Bajo por la sombra que sale de los techos de los ranchos. Pero ya veo el calor subiendo por el camino de tierra y sé que pronto me voy a quedar sin resguardo. Me pego a las latas de las casas hasta que la sombra se acaba y todo coge un color blanco. Para ganar tiempo me descuelgo por la peña que separa el barrio de mi tía del nuestro. Cada vez me cuesta más este atajo, he perdido agilidad, y el calor se me despierta desde adentro. Poncho, usted suda como un burro por lo gordo, mijo; cierre ese pico y verá que deja de sudar toda la ropa que además ya no le queda. Cuando doña Clara me dice eso yo caigo en cuenta de lo pesada que se siente la ropa. Me raspa entre las piernas y si la caminata es larga como la de ahora, me arde el culo. Además, me sale un bigote de agüita que limpio con mi lengua porque sabe a sal.

Me raspo la rodilla bajando. No la quiero ver, más bien sigo mi camino concentrado en no sudar. Me encuentro con una hilera de mangos que me piden que los coja. Parecen estar bajitos y me trepo. Alcanzo a bajar tres y del suelo rescato otros dos que todavía no los han picoteado los guácharos. ¿Ahora dónde los guardo? De pronto debí haberlos cogido a la de vuelta.

Mejor los escondo y los recojo a mi regreso. Sí, buena idea. Don Raúl me puede dar una bolsa o se la cojo sin que me vea y ya, arreglado. Adelante de los mangos hay una zanja; los lanzo ahí y todos caen dentro. Me felicito por la puntería, me he evitado un esfuerzo de más con este solazo.

Mi tía me entrega los plátanos envueltos en periódico. No tiene bolsas, pero me ofrece un poco de refresco. Primero me limpia el bigote con el delantal y me deja pararme frente al ventilador. Es linda mi tía, siempre está pendiente de mí. Como no tiene esposo ni hijos no tiene que estar pendiente de nadie sino de ella. Y de mí. Por eso tiene ventilador. Mi mamá repite eso con sus comadres a veces con orgullo, otras con envidia y las otras con rabia. A mí me gustaría vivir con mi tía, no es mandona y su casa tiene un olor fresco y perfumado que me quita el calor. Habla poco, pero cuando lo hace su voz es como la brisa de la tarde, como si cantara una canción que arrulla. Poncho, poncho, poncho... ¿qué vamos a hacer contigo? Me pone la mano sobre la cabeza y me ordena el pelo. No le importa que esté sudado y si le importa no dice nada. La oigo cantar bajito mientras que sus dedos pasan por mi pelo y me voy con ella a donde quiera que esté yendo en sus canciones.

Llego donde Don Raúl con el olor del pecho de mi tía en la cara. Antes quería que mi mamá me abrazara así, que me diera un abrazo esponjoso y fuerte al mismo tiempo. Pero a medida que fui creciendo decidí que nadie iba a competir con mi tía. Ella era la única que me iba a meter entre sus pechos suaves con olor a jardín.

También me prometí que nunca iba a cerrar los ojos estando allí. De cerca, veo puntos rosaditos en la piel y corren gotas diminutas como las de la madrugada. Yo sé que no es sudor, es otra cosa, no saben a sal como mi bigote.

Creo que ya llevo parado mucho tiempo frente al mostrador de don Raúl sin abrir la boca. Una mesa de viejos borrachos me ha visto y ríen sin soltar sus botellas de cerveza. «Poncho, venga, flaco, y le cuento algo», me llama uno de los viejos. Si no estoy mal ese viejo trabajó con mi papá en el molino. Tiene la piel muy curtida, de un cuero grueso y arrugado. Yo hago que no con la mano y él suelta una carcajada negra, sin dientes. Al menos eso llama la atención de don Raúl. Me ve y le puedo explicar el mandado. Mientras va por el cuaderno donde anota sus cuentas, cojo unas bolsas y las meto dentro del pantalón. Nada más quiero una, pero mis dedos están húmedos y se me pegan varias. Las trato de acomodar entre mis pelotas y termino con un bulto. Oigo más risas desde la mesa; yo sigo mirando al frente.

A la derecha de la caja hay una montaña de bocadillos de guayaba. Mi mano actúa sola. Con un movimiento veloz saco uno de los bocadillos del costado, ahí donde no se nota tanto su ausencia, y me lo llevo a la boca. Lo mastico despacio, muy despacio, para que don Raúl no sospeche. Tengo los cinco sentidos en alerta. Creo que me ha pillado el viejo de piel dura. Volteo despacio la cabeza, el cuerpo lo tengo tieso, y veo que me hace señas con la mano. Ponchoooo. Pasa su dedo por el cuello. ¡Zas! Lo corta. Luego ríe y su

boca parece un pozo abandonado. Ponchoooo. El bocadillo está duro, me cuesta masticarlo. Don Raúl vuelve con el cilantro y la cebolla. Dígale a su mamá que no le mando el caldo, que agradezca que le sigo fiando; me debe tres meses y su papá ni se aparece, dice mientras escribe en el cuaderno. Yo le contesto moviendo la cabeza, no puedo hablar con la boca llena. Don Raúl me entrega la bolsa con las cosas y me mira como si viera un animal del monte. Le recibo el mandado y sin dar gracias me volteo con pasos cortos. El viejo me señala como si estuviera dictando sentencia. ¡Qué pelao tan raro!, dice don Raúl en voz alta y yo avanzo hacia la salida con polillas en el estómago. De reojo vigilo que el viejo se quede en la silla. Tranquilo Poncho, no ha pasado nada.

Como todavía es temprano me quedo jugando en el parque que hay en la esquina de la plaza., donde está el balancín que me gustaba cuando era más pequeño. Todavía cruje como si le doliera el peso de los niños, pero parece que funciona. Me lanzo al sillín, el metal está ardiendo y me quema entre las piernas. Y me duele el culo otra vez. Aun así, logro acomodarme en la punta. Dejo el mandado en el piso y miro bien que nadie me esté observando. Tengo que balancearme solito y eso no es sencillo. Doy un par de saltitos sin mucho ánimo. El balancín sube, logra sostenerme unos segundos en el aire y me devuelve a tierra. Vuelvo a mirar, nadie me presta atención. Otros niños juegan fútbol en el centro de la plaza, no sé cómo hacen con este calor. Pero bueno, están en lo suyo. Me impulso con más fuerza. Tú puedes, Poncho, me acurruco para acu-

mular energía en mis piernas. Salto, un nuevo intento, me elevo más alto, la palanca me sostiene más tiempo esta vez y desde ahí alcanzo a ver por un segundo la loma donde vivimos, la de techos descoloridos. Dura poco ese vuelo, caigo pronto a tierra con violencia. Duele el golpe, pero vale la pena. Otra vez voy, me acurruco y salto. La fuerza de mi empuje hace que el otro extremo, donde está el sillín vacío, baje y me mire de frente. Tiembla, se sacude, no se decide. Vuelvo y caigo.

Es ahora o nunca, Poncho, un empujón con la panza, con el cuello, con las manos, subo, subo, subo, y veo caer al suelo el sillín del otro lado mientras yo me elevo hasta lo alto. La pendiente es fuerte y me voy hacia adelante con todo mi peso. Me quemó contra el manubrio y siento que el pantalón me aprieta con rabia. Las benditas bolsas de don Raúl siguen ahí. Qué posición tan incómoda. Y no hay nadie cerca. En un segundo paso de la dicha a la angustia. ¿Cómo vas a hacer ahora, Poncho? Evaluó la situación. Estoy arriba clavado contra la vara metálica y esta impide que me caiga de cara contra el suelo. Eso es bueno, aunque casi no me puedo mover.

Abajo el mandado y los plátanos se ven lejos y un perro, flaco y feo, los olfatea. Apenas puedo mover un brazo. ¡Chite de ahíííí! ¡Chíteeeee! El perro se va sin saber de mí. Me duelen las pelotas y el sol quema. ¡El calor! Mis manos están llenas de un polvo café, debe ser óxido y ese sabe a porquería.

Los pelaos juegan fútbol y yo acá guindado como un mango. ¿Me ayudarían o se burlarían? ¡Tía, ayuda,

ayuda! Grito con fuerza para mis adentros. Levanto la cabeza hacia donde creo que queda la casa de mi tía. No la ubico. Veo el reloj de la iglesia y más a la izquierda la gallera a donde debo ir por mi papá. Esto no le va a gustar a doña Clara. Pensar en ella me obliga a tomar el control de la situación. Debo olvidar el calor, el ardor, el sudor. Concentrado, Poncho. Como si montara una mula mañosa empiezo a dar salticos con las nalgas. Me agarro de la varilla, echo el culo para atrás y sacudo mi cuerpo. El tubo largo del balancín empieza a vibrar y baja un poco. Vuelve todo arriba. Un intento más. Al rato estoy como un loco dando saltos sobre el sillín, sin soltar la barra no vaya a ser que me caiga de esta altura. Me ahogo por el esfuerzo, pero estoy desbocado y necesito bajarme de la trampa mortal.

Ya ni sé de dónde viene el sudor que pone resbaloso el manubrio. En esas oigo gritos que vienen del cerro. Son voces de mujeres que van bajando por la trocha que lleva al barrio. Son como cinco o seis viejas que vienen alborotadas. Mi mamá, doña Clara, hace parte del grupo y va rezagada por su pierna coja. Sus gritos son los que más se oyen. Me limpio la frente y los párpados que ya están empapados; vienen persiguiendo una gallina. Es una gallina carnudita la que va liderando el alboroto. El sendero es angosto y el animal avanza como si supiera el camino, y las mujeres la siguen como si vinieran en procesión. Y doña Clara más atrás boleando en su mano el cuchillo largo que tenía la última vez que la vi.

Poncho, poncho, concentrado. Me tengo que bajar, no me puede encontrar aquí atascado. Me paso las manos por el pantalón y siento la tela húmeda, todo chorrea. Empiezo de nuevo mis saltitos. Pam, pam, pam, ¡pam! Me duele todo como nunca, aunque va bajando, va bajando, va, va, vaaaaa. Esta vez el balancín sigue con toda la fuerza hacia el piso. Caigo como una fruta y reboto hacia atrás. Salvado, Poncho. Victorioso, me levanto lleno de piedritas que se me han pegado a la piel. Y el rabo que arde. Miro alrededor, nadie ha visto mi proeza y pienso que es mejor así. Quién sabe cómo me vería yo en estas.

El grupo de mujeres ha llegado a la plaza y yo sigo sus gritos. Me sorprende que doña Clara todavía vaya detrás de las comadres. Seguro el problema es grave. Como era de esperar, me alcanza a ver. Poncho, ¿qué hace? ¡Carajo, perdiendo el tiempo, rascándose la panza! Yo quiero contestarle que ya fui donde mi tía, donde don Raúl. Intento hablar, pero tengo la boca seca. No me sale ni una palabra. Y no creo que justo ahora quiera oír excusas de su gordito. Pero se olvida de mí y sigue persiguiendo el animal que corre con ojos de loco. Sacudo las piedras que tengo en las piernas y en las manos. Las que se me han metido debajo de la ropa las tendré que quitar luego. Recojo el mandado y con una patada me despido del monstruo que me tuvo atrapado. Ya sé para dónde van las mujeres.

Me apuro y llego a la gallera con la lengua afuera. Pero no me ha ido mal. Llego justo a tiempo para ver a la gallina meterse dentro de la choza por un boque-

te y para ver a las mujeres que quieren entrar a las malas. Un hijueputazo largo y de asombro sale desde adentro, como si todos los hombres hubieran visto a la gallina al mismo tiempo. En la entrada, Olegario, el hermano del dueño que ya tiene sus años, discute con el grupo de comadres y yo aprovecho la confusión para meterme dentro.

Siempre me ha gustado este lugar aunque huelva a orines. Es simple la gallera. Nadie jode a nadie. No hay mandados, no hay tareas, no hay coscorriones, no hay regaños. A veces peleas, pero eso no es grave. Creo que por eso mi papá viene tanto, porque acá Doña Clara no entra. Al menos hasta hoy. Porque ahora las mujeres se han plantado en la puerta y han empezado a gritar el nombre de cada uno de sus maridos. Lo que antes era una gritería sin forma ni cabeza, es ahora una lista con los nombres. ¡Armando! ¡Humberto! ¡Pacho! Este canto lo lidera doña Clara, y las voces se meten por el enramado como si fueran las sentencias del juez.

Uno por uno los hombres se van encrespando. Ya no son los machos apostando a sus gallos, ahora son los esposos de las mujeres que están en la entrada. A pesar de estar borracho, Olegario se da cuenta de que no puede contenerlas más. Huye y nos deja con las mujeres y la gallina que sigue sin parar. A la pobre la persiguen los hombres, las esposas y los gallos que se han zafado de las manos de sus dueños. Todos gritan como locos detrás del cuerpo carnudito y con plumas. Debe estar agotada.

Mi papá me mira y me ignora, duda entre perseguir a la gallina, a su gallo o ir adonde su esposa. Los compadres tampoco saben qué hacer. Para mí que calculan sus castigos. Yo sigo parado en medio de este desorden y pienso: el sancocho se va a ir al carajo. Ese sancocho delicioso nos hará mucha falta a mí y a mi papá. Bueno, eso si el hombre de la casa, ese señor nervioso, no arregla las cosas.

Y la sed. ¡Poncho, la sed! Alcanzo una botella de las que hay en una mesa y la agito, está vacía. Así hago con otras hasta que llego a una que pesa más que las demás. La muevo y siento el líquido. La chupo y siento que el frío de la cerveza me calma. Sabe amargo y me ha dado gases: eructo. Pero sigues con sed, Poncho. Tomo otro poco de mala gana. Siento el bigote encima de mis labios. Me lo limpio con la manga de la camisa que está más sucia que mi boca. Pienso en mi tía y en cómo le molesta que haga eso. Ella no me alza la voz ni me pega, pero sé que le molesta por la forma de apretar las cejas y como se le pone de oscuro el azul de sus ojos. Me corrige con dulzura y me hace prometerle que no lo haré de nuevo, que seré un niño con buenos modales. Con los mejores modales. Yo siempre le digo que sí y ella sonrío como si me creyera. Como si olvidara cuántas veces hemos tenido esa conversación.

Me siento en una de las sillas plásticas. Tengo que descansar los pies. Así veo a las mujeres atrapando a sus esposos. Los hombres tratan de salvar lo que les queda de orgullo cargando sus gallos y terminando las cervezas mientras los sacan de las orejas. Busco a mi

papá y lo veo arrodillado, arrinconando a la gallina. Esta salta inquieta en una de las esquinas. Doña Clara le advierte que no la puede dejar escapar. Sacude la mano que nada que suelta el cuchillo como para que el mensaje sea más claro. Mi papá se acerca gateando y le habla al animal. Y así nomás, la gallina se rinde y se echa en el piso. Con una bendición mi papá la coge. Ese animal tiene algo metido, dice. Doña Clara no responde nada, le indica el camino de salida y pasa a mi lado. Poncho, no sea cochino. ¿Qué se está comiendo? ¡Deje esas sobras! Suelto la yuca y la dejo en el plato. Ahora mis dedos están grasosos. Recuerdo a mi tía. En vez de limpiarlos contra el pantalón, les paso la lengua. Chuparse los dedos no debe ser tan grave, ¿cierto? Mi tía dice que no, no, Poncho, no tanto.

Salgo detrás de mi papá que sigue a mi madre. Su cojera se ha calmado y agradece a las mujeres que le ayudaron en la caza del animal rebelde. Papá agacha la cabeza como si se compadeciera de la gallina que lleva en sus brazos. Yo me pregunto si no es mejor matar otra. Una más normal. Que no corra tanto ni tenga tanta sed como esta.

El camino de vuelta se siente largo, me pesa todo y quiero preguntar si al final habrá sancocho. Pero no me atrevo. El sol ha bajado y hay más espacio entre la ropa y mi piel. Puedo pensar mejor, por eso recuerdo los mangos.

Apenas pueda me lavo la cara, me cambio de ropa, vuelvo por los mangos y espero a que llegue la noche. Como un gato voy donde mi tía y me siento afuera, frente a la ventana, para ver cómo está de hermosa.

Espero a recibir esos olores frescos que salen de su pieza y con el cuchillo abro uno de los mangos sin cortarme. Muy educado llevo un trapo para limpiarme los dedos y la boca. Los mangos chorrean y no quiero ensuciar la camisa. ¡Los mejores modales! Desde el jardín te veo y veo cómo vas recibiendo tus visitas. Hombres de piel gruesa y pocas palabras a los que les cantas canciones. Tú cantas y yo mastico la pulpa amarilla. Puedes estar muy orgullosa de mí, tía.

